

LECTURAS

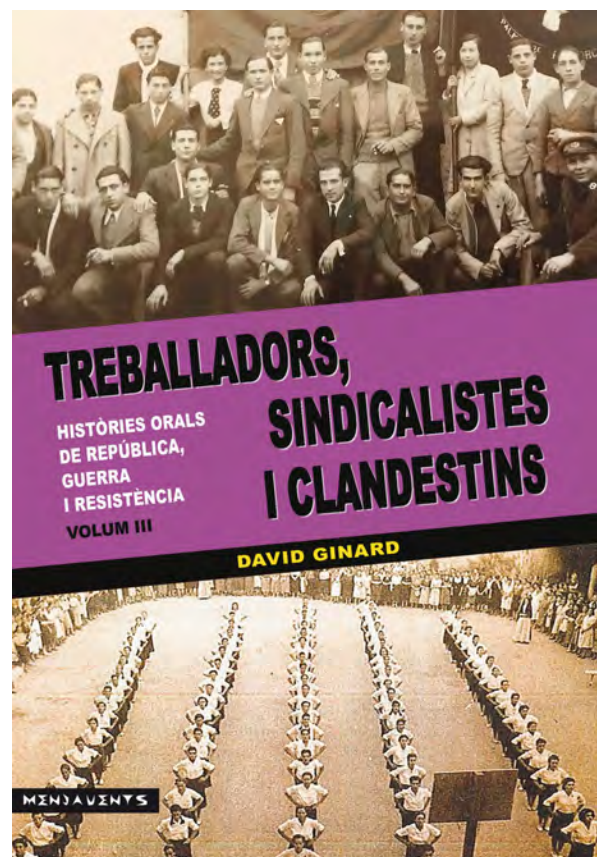
David Ginard y sus historias sobre el movimiento obrero*

Pere Gabriel

Universitat Autònoma de Barcelona

No hace mucho se presentó el volumen tercero de las historias orales del movimiento obrero que ha ido recopilando el historiador David Ginard Feron, profesor de la Universitat de les Illes Balears (UIB). Creo que en primer lugar debemos fijarnos no sólo en el título común, *Treballadors, sindicalistes i clandestins*, sino en las pequeñas variaciones que el amigo David Ginard ha introducido en los subtítulos: *Històries orals del Moviment obrer a les Balears (1930 a 1950). Vol. I* (se publicó en 2012); *Històries orals del Moviment obrer (1930-1950). Vol. II* (se publicó en 2014); y, en el último caso, *Històries orals de República, guerra i resistència. Vol. III* (apareció muy a finales del 2018). De manera, si se quiere, sólo aproximada, la secuencia es clara: mientras en el caso de los dos primeros volúmenes estamos ante unos testigos abocados a la historia obrera, el último, tal vez más complejo, asume la historia política de la izquierda y por tanto trasciende la consideración estrictamente militante

* Es reseña de David Ginard, *Treballadors, sindicalistes i clandestins. Històries orals de República, guerra i resistència. Vol. III*. Palma, 2018, 424 pp, Ed Documenta Balear (Col·lecció Menjaments, 134). Para la redacción de esta reseña he usado mis apuntes y notas de las presentaciones, originariamente en catalán, que tuve el placer de hacer de los distintos volúmenes en el momento de su publicación, tanto en Palma como en Barcelona. He conservado en cualquier caso el tono oral de las mismas.



obrero. Por otra parte, sin perder en ningún caso la referencia balear (mallorquina, pero también menorquina e ibicenca) en ocasiones las incursiones en las situaciones fuera de las islas son significativas y relevantes.

En conjunto, lo que ha hecho David Ginard es aprovechar todo un inmenso material reunido por él mismo en su momento, hace ya bastantes años, con el fin de cons-

truir su primer gran y ambicioso estudio sobre el movimiento obrero mallorquín de los años de la Segunda República, la Guerra civil, el Exilio y el antifranquismo, que constituyó la temática de su inicial tesis doctoral y que, sucesivamente, dio lugar a la elaboración y publicación de cinco libros, sin duda de ineludible referencia, en 1991 (*La resistència antifranquista a Mallorca, 1939-1948*), 1994 (*L'esquerra mallorquina i el franquisme*), 1997 (*L'oposició al franquisme a les Balears, 1936-1975*), 1998 (*L'oposició antifranquista i els comunistes mallorquins, 1939-1977*) i 1999 (*El moviment obrer de Mallorca i la Guerra Civil*). He dicho *aprovechar*, pero no deberíamos llamarnos a engaño. No se trata en absoluto de una simple transcripción y suma de entrevistas. La recopilación de estos tres volúmenes esconde mucho trabajo de revisión cuidadosa de los textos, así como un esfuerzo con muy buenos resultados para fijar una verdadera estructura de las aportaciones, respetando la literalidad de los varios relatos. No se trata, como acabo de decir, de una recopilación indiscriminada. En realidad, como nos indican los subtítulos, el autor ha querido construir lo que se podría llamar una historia oral de la militancia obrera de la izquierda mallorquina y balear de las décadas centrales y básicas del siglo XX. Globalmente constituye, por decirlo así, una impactante historia oral de la generación de nuestros abuelos. Los textos reunidos son buenos, atractivos, legibles y llenos de interés, que, a menudo, nos enganchan, hasta el punto de que nos vemos obligados a hacer esfuerzos para no confundirnos y pensar que estamos ante hechos y episodios novelados.

Otro hecho muy notable y significativo es el gran número de testimonios reunidos. Yo he contado un total de ciento veinte entrevistas trabajadas y reproducidas: cuarenta en el primer volumen, treinta y seis en el segundo y cuarenta y cuatro en el úl-

timo volumen. No estamos ante unas pocas entrevistas de unos cuantos y destacados militantes. En este caso, el número también es relevante, en la medida que permite al lector moverse dentro de un material representativo e indicativo no sólo de las grandes estrategias y consideraciones doctrinales de los principales dirigentes, sino, con mayor ambición y complejidad, tener en cuenta los valores, la moral y las cosmovisiones de cuadros y militantes más a ras del suelo. Acercarse, en definitiva, a la vida más cotidiana, las costumbres y los aprendizajes de sus familias, hijos y miembros más jóvenes, también qué recibieron de los padres, cuál era el papel de las mujeres, etc. Asimismo, y no menos importante, cuáles eran sus recuerdos y qué mitificaciones y símbolos del movimiento obrero y de las izquierdas compartían.

Como he dicho, la recopilación es el producto de una tarea muy esforzada y paciente. Si nos situamos en su momento, no era nada fácil localizar y acordar la grabación, o la anotación escrita cuando ésta era rechazada por el entrevistado. Era una tarea, por decirlo así, alejada del trabajo periodístico, donde lo que importa es la inmediatez, a menudo excesivamente pendiente de la presión del presentismo y la novedad. En este sentido, el mismo tiempo transcurrido entre la fecha de la entrevista y la publicación actual da al material, y nos da a todos, una perspectiva reflexiva y poco escandalosa. Acabemos este primer repaso, con una recomendación. Fijémonos en el epílogo con que David Ginard pone punto y final a la serie. Con prudencia y modestia, el epílogo lleva por título «Hacia una caracterización del movimiento obrero balear (1930-1950)». Son cincuenta y cinco páginas. Aquí, mediante un uso inteligente de múltiples citas extraídas de los mismos entrevistados, el autor nos presenta un incisivo resumen de la problemática en la que

se encontró inmerso el movimiento obrero de las Islas, es decir sus hombres y mujeres de carne y hueso, con unas ajustadas caracterizaciones y brillantes sugerencias interpretativas.

Testimonios, Historia oral y Memoria

El autor no engaña: estamos ante una fuente memorialista y testimonial, de historias orales del movimiento obrero, según se define en el subtítulo, como he hecho ya notar. Y eso me da pie a entrar en un ejercicio, espero que no demasiado retórico, acerca de unas denominaciones que han evolucionado a lo largo del tiempo.

¿Cuándo a los testimonios y las memorias empezamos a considerarlas piezas claves de la *historia oral*? ¿Cuándo se generalizó el uso de este nuevo concepto? Lo viví en primera persona. Sin entrar ahora en detalles eruditos y de detalle: fue una denominación que llegó a Cataluña y España en los ochenta del siglo pasado. Tuvo que ver con un debate intenso y, sin duda, en aquellos momentos iniciales, lleno de exageraciones y polémicas desgarradas. Una de las referencias era anglosajona y tenía que ver con los famosos workshops del marxismo más combativo del momento que reivindicaba una verdadera *historia popular* donde los protagonistas y artífices de la propia historia fueran efectivamente los hombres y las mujeres concretas de las clases trabajadoras y los sectores populares, que debían *construir*, activa y directamente, no de forma pasiva, los nuevos relatos. Se trata del movimiento relacionado con Ralph Samuel y la revista *History Workshop Journal* (el primer número fue de 1976), que vino a recoger la tradición de E. P. Thompson y otros marxistas de izquierda. Es importante: a diferencia de lo que solía suceder, no se trataba sólo de que los historiadores «tuvieran en cuenta» sus recuerdos o sus informa-

ciones, sino de usar el recuerdo y el debate sobre comportamientos y situaciones para que directamente los protagonistas fijaran la interpretación *popular y militante* de la izquierda.

Otro referente, tal vez más general, fue el de la *oral history*, también anglosajona, y, en este caso, la introducción de la perspectiva del género fue pronto decisiva. No es ahora el momento ni éste el lugar de entrar en los matices y los muchos caminos de la historia oral. Constatemos, simplemente, que por este lado, forzosamente, la historia deja de ser exclusivamente política y se abre a la antropología y al debate sobre la importancia de los valores morales, la vida cotidiana, las costumbres, la sociabilidad, etc. En nuestro ámbito, todo ello significó la puesta en marcha por la profesora Mercedes Vilanova, en 1989, de la *Revista Historia, Antropología y Fuentes Orales*, relacionada con la Universitat de Barcelona y el Instituto Municipal de Historia de la Ciudad de Barcelona.

¿Qué pretendo decir? La denominación no es inocua: no es lo mismo hablar de testimonios o de entrevistas que de historia oral. Ésta, inevitablemente, tiene un significado más militante y activo: los entrevistados tienen un papel más decisivo e incluso alguien ha podido pensar que son ellos, los entrevistados, los llamados a galvanizar la verdadera historia contemporánea, y no los historiadores profesionales a menudo atrapados dentro de las redes del canon interpretativo más establecido y tradicional.

De todos modos, si bien nos fijamos, ahora, en los momentos más actuales, ya no se acostumbra a hablar de historia oral. Ahora lo que está sobre la mesa es la *memoria*, la memoria popular y democrática. Creo que se puede establecer una cierta continuidad entre uno y otro concepto. Al menos en tanto que ambos pretenden dar este protagonismo activo a los que han

sido silenciados ya menudo no han «tenido voz». Pero tampoco estamos ante un significado idéntico: la memoria, especialmente si añadimos el calificativo de democrática, se mueve dentro de lo político, mucho más que la historia oral, y lleva al primer plano una clara idea de *reparación* y voluntad de afirmación de una determinada cultura de futuro, que pretende discutir las imposiciones dictadas por la hegemonía derechista y de las grandes élites económicas. En este punto, por lo tanto, no es suficiente reunir testimonios de derecha o izquierda, lo importante es el *reconocimiento*, el reconocimiento a los que fueron ignorados, un reconocimiento a menudo negado por la historia política más reciente y *revisionista*, una historia, ésta, que se esconde o bien en el simple repintado de la vieja historia franquista de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, o bien en el relativismo que apela, acriticamente, a los *excesos* de unos y otros.

En cualquier caso, los testimonios son un instrumento que siempre exige un relato, un es decir un discurso interpretativo, y eso me parece importante no olvidarlo. Sean los propios entrevistados, sean los lectores o sean los historiadores, siempre necesitaremos construir una interpretación. Y en el fondo esta es la que necesitamos considerar y tener en cuenta, especialmente si es argumentada y, por encima de todo, fundamentada, demostrada, a través de un trabajo atento y respetuoso con las fuentes documentales y también orales. Es, no me haría falta decirlo, lo que nos ofrece ahora después de una gran labor, el buen historiador que es David Ginard.

Algunas notas intermedias quizás dispersas

Estamos, en conjunto, ante una muestra muy importante de historia obrera, inmer-

sa en un mundo popular, que incorpora, como no podía dejar de ser así, aspectos y reflexiones a hacer desde la consideración de la historia del género. Las mujeres aquí sí están presentes, y, como el lector puede comprobar, en cantidad suficiente. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que no estamos ante un grupo de gente anónima sino de militantes. Eso sí, como ya he hecho constar, el volumen aportado nos permite una re-lectura y una aproximación más compleja, que no la usual, a los simples afiliados, cuadros o en su caso los dirigentes más conocidos.

No quisiera obviar un hecho que podría parecer banal: Estas historias del movimiento obrero que nos presenta Ginard nos ofrecen una cara que, hasta hace un cierto tiempo, parecía imposible que pudiera colarse en las postales sobre Mallorca, incluso en las aproximaciones hechas desde la historia más intelectual y cultural de la realidad contemporánea isleña. Sólo con hojear los distintos volúmenes, es difícil no darse cuenta que también en Mallorca hubo anti-franquismo y resistencia ante la represión y las derrotas de 1936 y de 1939, inevitablemente más defensiva que no estratégica y de futuro, un fenómeno que también se dio en muchos lugares de la Península. Parecería redundante el decirlo, pero no lo es: en las Islas también la izquierda contaba con una importante tradición cultural y política republicana, socialista, socialista y ugetista, anarquista y anarcosindicalista, y comunista, que fue vencida, quisieron aplastarla y, además, convertirla en inexistente.

Hay una derivación de lo que estoy diciendo, si se quiere particular, que creo notable y que el autor no ha dejado de subrayar en el mismo título. Son unos libros que nos obligan a tener muy presente hasta qué punto en Cataluña y España, no sólo en Baleares, los militantes de la izquierda obrera de los años cuarenta y cincuenta se

vieron inmersos de lleno en una cultura de la clandestinidad, muy destacadamente, en el caso de los anarquistas y los comunistas. Lo que esto significaba y las muchas repercusiones que se derivaron es fácil de constatar si se compara la situación española con la europea del momento. No deberíamos minimizar el hecho de que, a pesar de la guerra fría, la cultura comunista en determinados países europeos occidentales, justamente entonces, estaba construyendo determinados mundos propios dentro de las sociedades capitalistas y burguesas, por ejemplo en Francia e Italia, dos referentes próximos.

¿Cómo quisiera terminar? Una historia viva y concreta

La historia, la misma que ha contribuido decisivamente a fijar David Ginard ya en otros libros, es por definición, al final, abstracta y conceptual, por más que el historiador quiera tener en cuenta las vivencias personales y las personas concretas y que no se olvide de los verdaderos héroes del relato. Está claro que, inevitablemente, en su obra hay algún componente de interpretación y de caracterización general. El historiador no puede renunciar a ello, si pretende alguna aportación que nos ayude a todos a entender nuestra contemporaneidad. Ahora bien, al ofrecer en esta ocasión los testimonios tal cual, éstos nos sitúan en un terreno algo distinto: el de la vida más cotidiana y concreta, en los detalles de la vida y las percepciones vividas, individuales y como tales poco generalizables. Estamos de lleno ante el espacio de lo concreto e irrepetible, si se quiere, en el ámbito de la pequeña historia y lo particular.

He de añadir que la implicación de David Ginard en este tipo de historia, a la vez colectiva e individualizada, personalizada, tiene una gran presencia en toda su pro-

ducción historiográfica. Ginard ha publicado varias biografías, que considero modélicas, donde este ir y venir entre el social y el individuo y el entorno más personal del biografiado, es fundamental. Citemos *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España, 1931-1942* (2000), *Matilde Landa. De la Institución Libre de Enseñanza a las prisiones franquistas* (2005) y *Aurora Picornell, 1912-1937. De la historia al símbolo* (2016). Al lado de su intervención en la edición de las memorias de Josep Pons Bestard (1990), así como en otras aportaciones en obras más colectivas. En este sentido, los lectores de la serie *Treballadors, sindicalistes i clandestins*, que aquí estamos comentando, podrán ver en ella el punto de arranque de todas estas biografías.

No se trata ahora de valorar en toda su extensión las aportaciones factuales incluidas en los distintos testimonios reunidos. Ahora bien, sí quisiera mencionar algunos rasgos que llaman especialmente la atención. Uno de ellos, seguramente con un interés de futuro para el mismo David y los historiadores, es el de la centralidad de las relaciones familiares y personales que ayudan a dibujar y entender la importancia de la *sociabilidad* y la articulación de una cultura militante los años treinta, la cual, con un mayor o menor desarrollo, permitió la existencia de determinadas redes solidarias posteriores. Éstas fueron básicas, hasta convertirse en el eje fundamental de la supervivencia y el mantenimiento del ánimo colectivo. La construcción de la identidad clandestina se sustentaba en esta solidaridad elemental y fundamental. Solidaridad que parece incluso haber sido capaz de superar y resistir la relevancia y la imposición de la denuncia y el confidente, presente en todos los ámbitos y situaciones de los años más duros de la Dictadura y la represión franquista.

Inevitablemente, la recopilación es en

gran medida también una crónica de las cárceles y los campos de concentración. En este punto es notoria la variedad de la geografía que abarcan los testimonios. A partir de los mismos no es difícil reconstruir la geografía de los movimientos de los presos y las redes de relaciones establecidas en las diversas islas, y muy especialmente dentro de Mallorca. Así como su extensión al conjunto de la península.

Debemos, además, recordar que la tarea de Ginard fue iniciada en los primeros años noventa, mucho antes de las posibilidades abiertas por las técnicas actuales (con el internet y las nubes digitales) y, a pesar de todo, por la situación política que ahora acepta de algún modo la necesidad de recuperar y reconocer públicamente el papel de aquellos militantes. En cualquier caso, el lector podrá constatar de primera mano, la importancia del tema, antes de la actual codificación sobre la Memoria Democrática, que a mí me gustaría que fuera al mismo

tiempo un verdadero memorial, no tanto de agravios, como de reconocimiento y restablecimiento de los derechos humanos que fueron pisoteados.

Déjenme, finalmente, añadir que hay un hecho, muy concreto, que a mí me ha impresionado. A pesar de la dura represión sufrida y la dureza de la situación denunciada en los campos y a pesar de las condenas a muerte y ejecuciones, es difícil encontrar en los entrevistados ninguna referencia explícita al sentimiento de miedo. Quizás porque en una situación final, aquellos hombres y mujeres aceptaban fatalmente su destino. La inevitabilidad del resultado y la impotencia, así como la preocupación más inmediata por la subsistencia del día a día parecen haber neutralizado el miedo más personal a la muerte y la tortura. Esto, además, sin ninguna apelación, al menos explícita, a la retórica de la heroicidad. Tal vez podríamos preguntarnos: ¿qué se podía hacer sino contar con el miedo como un dato?